

Sadie Jones

HUÉSPEDES INESPERADOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

SADIE JONES
HUÉSPEDES INESPERADOS

Traducción de Isabel Margelí

TUSQUETS
EDITORES

Índice

1. La marcha de Edward Swift	13
2. Un accidente espantoso	65
3. Eperlanos y añicos	133
4. Un juego de lo más desagradable	191
5. La renuncia	225
6. La última morada	259
7. Un baño de luz de estrellas	281
8. El retorno de Edward Swift	301
Agradecimientos	321

1

La marcha de Edward Swift

Desde su boda con Edward Swift, tres años después de la muerte repentina de su primer marido, Horace Torrington, Charlotte se había cambiado de sitio en la mesa del desayuno con el fin de responder a las necesidades de su nuevo esposo: a saber, ayudarle a untar la tostada y a cortar la carne, ya que éste sufrió la pérdida de su brazo izquierdo a los veintitrés años de edad, tras un desafortunado encuentro con las ruedas finas de una calesa de la que cayó al suelo de su finca de entonces, en County Wicklow. Tras estar siempre de cara a la ventana y a las amplias vistas, Charlotte se sentaba ahora a la izquierda de Edward, mirándolo a él.

A sus hijos mayores, Emerald y Clovis, de diecinueve y veinte años de edad respectivamente, pero a los que, en el punto en que los encontramos, aún podríamos llamar «niños», no les complacía la nueva disposición de su madre en la mesa. Tampoco les gustaba ni aprobaban a Edward Swift; dejando de lado su único brazo, les parecía, en general, desacertado.

Clovis Torrington sostuvo en equilibrio sobre el dedo índice el mango de nácar del cuchillo de la mantequilla y miró a su madre entrecerrando los ojos. Tenía unos ojos impresionantes que entornaba a menudo para causar efecto.

—No podemos irnos de Sterne —sentenció.

—Sería una verdadera lástima —reconoció su padrastro.

Clovis frunció los labios con aversión.

—Clovis... —protestó su madre.

Edward se limpió la boca a conciencia con una servilleta y se puso en pie.

—No pasa nada, Charlotte —dijo, y le besó la frente al levantarse—. Sabré algo más cuando llegue, Clovis. Y no quiero que ni tú ni tus hermanas, y tampoco tu madre, os preocupéis hasta entonces, sino que disfrutéis del cumpleaños de Emerald y no paséis apuros. Siento no poder recibir a vuestros invitados.

Charlotte también se levantó y enlazó su brazo con el de él.

—Sois los dos unos malcriados —afirmó, volviéndose un poco mientras se iba.

Emerald no había abierto la boca, pero se pasó el desayuno conteniéndose y rígida. Ahora miraba a Clovis y las lágrimas le enturbiaban la ceñuda imagen de su hermano y la del extenso tapiz que colgaba detrás de él: una escena de caza con ciervos y perros, un paisaje descolorido y remendado cuyas persecuciones saltarinas por el sotobosque florido se sabía de memoria.

—¡«Apuros»! —exclamó su hermano despreciando la palabra, por ser prima hermana de «angustia» y de «duros».

Emerald negó con la cabeza: en su actual estado, el joven no se adecuaba a ninguna de esas tres palabras.

—Oh, Clovis —dijo.

Desde el recibidor, la voz de Edward les llegó con claridad:

—¡Clovis, hay que sacar a *Ferryman*! Si hoy encuentras tiempo, te estaré muy agradecido.

Aquel autoritarismo ecuaníme hubiera sido tan encantador como efectivo si Edward no les resultara de por sí intolerable. Clovis estaba sublevado.

—Tendría que pasearlo él el caballo de marras.

Emerald apartó el plato.

—Lo tiene complicado si está en Manchester tratando de salvar la casa, ¿no? —dijo antes de ponerse de pie y marcharse por la otra puerta, para así evitar a su madre y a su padrastro.

Clovis no fue tras ella: no era de esas personas que van detrás de la gente; más bien era la gente la que tendía a ir tras él.

Emerald, incapaz de ahuyentar su pena, se paseó un rato por la cocina, para exasperación de Florence Trieses y de Myrtle, y salió al jardín por la puerta lateral.

Era el último día de abril. Notó en su rostro la templanza extraordinaria de la estación y se dispuso a darse una severa reprimenda; si tenía que hacerlo en voz alta, más valía que se alejara un poco de la casa.

El aire acumulaba los olores de todo lo nuevo que brotaba en la tierra humedecida. Pequeños jirones de nubes salpicaban el cielo acuoso. La puerta que se abría al jardín de la cocina y los establos le quedaba a la izquierda. Ante ella, en lontananza y aún más allá, en una inmensa superficie geométrica, se extendía el terreno que presidía Sterne, desplegándose hasta alcanzar la distancia azul, vertiginosa y dilatada en que los campos se volvían indistintos y las colinas se dispersaban en la nada.

La casa se erguía en una parcela de tierra de una forma semicircular tan nítida, con una curva tan definida, que muy bien podría haber sido una vitrina para tartas olvidada en el paraje por un refinado grupo de gigantes. La cubría un césped denso y blando tal como un tapete grueso protegería una mesa, y el concurrido diseño de campos, setos, vacas y pueblos diseminados más allá era una miniatura de juguete concebida por una imaginación infantil.

Desde la fachada, el lindero de los jardines distinguía el orden de la naturaleza libre. Lo ribeteaban unos setos de boj bien podados y altos hasta la rodilla, para que los perros no se despeñaran si se precipitaban hacia el desnivel. A algunos niños pequeños les había ocurrido; por suerte, la pendiente era mucho más suave de lo que parecía a simple vista. Cuando eran más pequeños, Clovis y Emerald cogían carrerilla y saltaban desde el aparente precipicio para asustar a visitantes poco familiarizados con la topografía, hasta que salían carcajeándose y llenos de pelusilla de diente de león o barro u hojas trepadoras de hierba.

Emerald recorría el perímetro del seto de boj con la cabeza gacha, como un caballito de feria solitario.

—Tanto dolor inútil por un puñado de dormitorios y un tejado tirando a mediocre es irracional y francamente ridículo —soltó antes de detenerse. Se volvió hacia la casa, cuyos ventanales resplandecían de modo desigual—. No hace falta que me mires así —le dijo. Cruzó la grava y se dirigió a la otra parte del jardín, donde estaban los parterres y el reloj de sol—. ¡Ni siquiera es una cuestión de abolengo!

En efecto, ninguna generación Torrington había vivido en Sterne. Por lo que ella sabía, ninguna generación

Torrington había vivido en ningún sitio en especial. La suya era una de esas familias errantes que, acuciadas por la necesidad, se habían ganado la vida por los más diversos medios, vendiendo, moliendo o navegando. Habían viajado a Francia para trabajar en la confección y, ya en el país, habían recalado en Somerset, Shropshire o Suffolk para cubrir puestos menores en grandes proyectos, como diseñar un componente modesto para una catedral de envergadura o para un puente con vigas. Alguno se había hecho empresario y un par de ellos habían tomado los hábitos; había un artista, varios soldados..., todos muertos. Todos muertos.

La vida de su padre sólo destacaba por haberse atrevido a comprar Sterne. Casa y terreno se adquirieron con precipitación en la cumbre de lo que se revelaría un éxito económico transitorio (llamarlo golpe de suerte sería demasiado duro) cuando, ya casado con Charlotte y adorado por ella, pensó que Torrington podría ser el apellido de esa clase de hombres cuya familia vive en semejante casa. Horace amó Sterne igual que amó a Charlotte y, más tarde, a sus hijos: con lealtad, generosidad y gratitud. También los niños, sintiendo que se hallaban en el extremo de una línea, como siempre les ocurre a los niños (y como, de hecho, siempre están), amaron Sterne como viajeros agotados por eones de migración a sus espaldas amarían su primer hogar definitivo. Sterne encarnaba la mitología del matrimonio de sus progenitores, era el legado de su padre, y les había proporcionado la mejor infancia posible. Dejando eso de lado, era hermosa y el efecto que causaba en sus almas era inconmensurable; una vez conocida, todos se resistían a abandonarla. Por desgracia, Horace Torrington cambió los negocios por la agricultura, de la

que era un completo ignorante, precisamente en el peor momento que podría haber elegido. Cuando le llegó la prematura muerte, estaba hasta el cuello de deudas. Emerald pensaba muchas veces lo raro que era que las penurias económicas tuvieran el alegre apodo de «números rojos», pues el negro era un color mucho más adecuado. La creciente deuda de su padre fue un agujero oscuro en el que aún podían caer todos.

En realidad, Sterne estaba formado por dos casas. Una de ellas era una extraña mansión de ladrillo visto, dos plantas y gran encanto, construida hacia 1760 y en la que habitaba la familia; la otra (predecesora y compañera) se le unía detrás, como costado largo de la L: era un gran edificio de piedra, semejante a un granero, donde antaño uno de los primeros señores de esa mansión debía de haber encendido los fuegos y asado la carne, pero que ahora permanecía casi vacío por torpe abandono.

En la ajetreada recocina de la Casa Nueva había una breve elevación de peldaños bajos frente a una puerta gruesa de madera, casi siempre cerrada a cal y canto, que daba a la gruta de la Casa Vieja. La unión total de ambas, como si fueran siamesas, se daba en los amplios espacios con vigas y travesaños de sus tejados. Desde el desván (donde habían estado a menudo de niños, trotando en medio de una polvareda o leyendo tumbados a la luz danzarina de la ventana), si uno miraba bien veía la juntura, pues los nervios de los techos y las tablas de los suelos eran de escala similar, y en los huecos del techo el aire siempre era rancio y marchito. A lo largo de los años, a menudo se había hablado de derribar el edificio antiguo, pero tenía tantos usos prácticos y recreativos que nunca se vieron capaces de hacerlo.

En el patio, un magnolio crecía en el doblez de la L. De niña, Emerald intentaba tocar las orondas flores desde el vano de una ventana batiente: se estiraba cuanto podía hasta que la costura del vestido se le tensaba por debajo del brazo y los dedos le temblaban. Clovis, cuando todavía era demasiado pequeño para haber adquirido una visión romántica de sí mismo, se asomaba por la misma ventana para escupir, con la idea de perfeccionar la puntería y la potencia para dar en el interior de las flores. Tenía que lanzar su saliva con vigorosa convicción si quería salvar la brecha entre el árbol y la casa; a los ocho años de edad ya lo había logrado y se sentía victorioso. Emerald, que pese a su naturaleza aspiraba al pragmatismo, a los doce abandonó su empeño por tocar los pétalos para conformarse con dibujar el árbol, más tarde con pintarlo y, más tarde todavía, con arrancarle trocitos y observarlos por el microscopio, y aun así nunca llegó a sentir que lo había tocado de verdad. Quizá una ambición tan prosaica como escupir con precisión fuera más fácilmente realizable.

Emerald ya había llegado al camino de acceso, una larga avenida flanqueada por enormes tejos negros que al principio cumplían la función de seto y que durante unos dos siglos se podaron a ese efecto, pero luego fueron abandonados a su suerte y ahora, descuidados, formaban una procesión desmañada y amorfa. Eran pliegues de densa maleza, torres resinosa y torcidas, y en su inmenso interior había bolsas, semejantes a chozas de bruja, donde esconderse y jugar. Los tejos estaban separados por unos intervalos que no tenían razón de ser.

Emerald, que en el día a día era una jovencita resuelta y práctica, soñaba con frecuencia que galopaba incansable por la oscura avenida en dirección a la casa, mientras el ruido de los cascos resonaba en sus oídos. A veces, en el sueño alzaba el vuelo sobre Sterne como si fuese un pájaro, y los tejados rodaban allá abajo; chimeneas, establos, jardines y campos colmaban su vista. Luego volvía a abatirse contra el suelo, despertaba y se hallaba a solas en su cama, y se lamentaba de su infinitud perdida.

Ahora, en cambio, terrena y desalentada, se apartó de los tejos rastreros sin molestarse en mirar en sus profundidades lúgubres y, llegada ya a la parte del jardín dedicada a las flores, se arrodilló junto a la tierra arada del borde y se echó a llorar. No le salían palabras juiciosas, sólo ideas infantiles. «Ojalá nuestro padrastro encuentre la manera de salvarnos...», pensó, con la amarga conciencia de que el aborrecido pariente había pasado a ser un rescatador fervientemente anhelado.

El llanto, lejos de surtir su efecto y ayudarle a despejarse, amenazaba con consumirla: en cualquier momento podía arrojarse al lecho de flores y hundir la cara en él. Era su cumpleaños; tenía que estar contenta, y lo antes posible. Resopló, se secó el rostro con fuerza con el antebrazo y miró férreamente al frente.

—Bien —dijo.

Después de contemplar un rato con apatía el lecho irregular, se puso a arrancar las malas hierbas, hundiendo las yemas de los dedos por debajo de los tallos débiles para desprenderlos de la tierra. Pronto se le helaron las manos y se le llenaron de barro y tuvo un montoncito blando a su lado, como una muestra de lo reconfortantes que resultan las tareas útiles.

Charlotte y Edward se despidieron en privado en su dormitorio, ubicado exactamente en el centro de la casa, encima de la puerta de entrada. La habitación contaba con un mirador hondo, flanqueado por un antiguo y extravagante rosetón cuyos capullos de color caramelo se veían (así como todo el condado) desde la cama sobre la que ahora se cubría Charlotte, fingiendo languidez con la esperanza de apaciguar a Edward, quien pisaba de acá para allá las tablas algo combadas del suelo con sus zapatos de lazo prieto, provocando que el espejo del tocador traque-teara sobre su soporte.

Era un hombre de estatura media, compleción fornida, hombros cuadrados y anchos (la amputación de su brazo era limpia, por lo que no interfería en la disposición de los antebrazos, aunque por fuerza uno estaba más desarrollado que el otro), cabello rubio y penetrantes ojos azul claro. Al fin se detuvo y se sentó junto a ella. Era cálido y vigoroso; dijo:

—Charlotte, por ti haré todo lo que pueda.

Era la clase de cosas que Edward solía decir y, a diferencia de muchas de las personas a las que Charlotte había conocido, hablaba en serio.

Edward Swift era el benjamín de un arquitecto angloirlandés. Sin una herencia en perspectiva, se había abierto paso en el mundo con la rigurosidad que le caracterizaba. Estudió derecho en el Trinity College de Dublín y se instaló en Londres para ejercer. Los años intermedios de su vida no aportan nada a esta historia, pero basta decir que, en el instante en que conoció a Charlotte Torrington (mujer dotada de una belleza elevada y tré-

mula, que guardaba luto por Horace Torrington, fallecido hacía poco), se enamoró. Edward estaba tan profundamente enamorado como afligida estaba Charlotte, y allí, en aquellos puntos remotos del dolor y el sexo, fue donde coincidieron.

Cuando se casaron, a los hijos mayores, Emerald y Clovis, no sólo les impactó la aparente rapidez con que su madre había recobrado el ánimo, sino también (y hondamente) las tonalidades de Edward, que les parecían una traición en sí mismas. Su padre había sido un hombre alto y de tez muy morena, con unos ojos claros ribeteados de negro y tan deslumbrantes que merecerían la categoría de Ojos Torrington. Tanto Clovis como Emerald eran morenos y poseían esos mismos ojos de color gris azulado. Y aunque su madre era más clara, fue asimilada y se había convertido en una Torrington; y era su madre, al fin y al cabo (además, sus ojos tampoco eran nada desdeñables). En cambio, Edward Swift era..., en fin, rubio.

Y estaba lo del brazo. El violento accidente, la manga bien sujeta... Lo que en otro hombre podría haber sido romántico, en un padrastro de cabello claro resultaba aborrecible.

De lo que Clovis y Emerald nada sabían era de las numerosas noches que Edward pasó abrazando a Charlotte mientras ella lloraba a Horace, del rastro húmedo de sus lágrimas en el cuello de él, en su pecho y en su hombro. Edward padeció junto a ella la agonía de añorar a un hombre al que no había conocido, la acompañó en silencio cuando fue preciso y ahora lo daría todo por Sterne, pues no quería que Charlotte también llorase por eso. Otro hombre tal vez se las habría arreglado para integrar a su nueva esposa en su propia vida y borrar el pasado de ésta con el

fin de construir un futuro propio, pero Edward Swift la aceptó con todo lo que era, incluidas la carga que Sterne representaba y su prole sombría y obstinada.

A su pesar, Edward pasaba buena parte de su tiempo en Manchester, donde había entrado en un próspero bufete; lo hacía a su pesar, y no porque fuese un holgazán (ejercía el derecho con minuciosidad y orgullo), sino porque detestaba dejar a Charlotte, a la que veneraba. Su inminente viaje a la ciudad no era en beneficio de su carrera, sino para intentar evitar la subasta de la casa de su esposa. El año anterior les había entrado un flujo de capital más que necesario, cuando vendieron la mayor de sus granjas a su arrendatario, un joven franco y apuesto llamado John Buchanan. Pero buena parte del dinero se había destinado a pagar deudas y a arreglar muros y algunos techos de la propiedad, por lo que menguó de forma alarmante hasta casi agotarse. Edward, viendo que Sterne se le escapaba de las manos, descartó la perspectiva de vivir en una casa más acorde con su situación (más pequeña y más cerca de la ciudad), pero con una esposa con el corazón roto, y decidió salvar la propiedad. No apostaba ni tenía nada que vender, así que debía pedir dinero. Era un panorama desagradable, y con este desagrado abordaba ahora el rostro delicado y pálido de Charlotte.

—Mi amor —dijo—, no esperes que disfrute pidiéndole dinero a un hombre cuyos métodos aborrezco y cuyas ideas me ponen enfermo.

Se refería al potencial prestamista, un empresario de moral dudosa.

—No tienes por qué hacerlo, ya lo sabes —replicó Charlotte mientras apartaba la mirada de él. Una lágrima

se le deslizó por la mejilla y se la secó con impaciencia..., aunque no tanta como para que Edward no la viera.

—¡Desde luego que sí! —dijo él, besándole los dedos húmedos y salados.

Diez minutos después, Edward ocupaba en el coche el asiento del copiloto, con el maletín atado detrás y una expresión de sombría determinación, aguardando a que Robert girase la manivela de arranque.

Emerald dejó las malas hierbas y se irguió para mirarlos en el instante en que ellos partían con un rugido y un volar de grava. Su marcha había arrancado al *lurcher* *Forthright* de su sopor bajo los tejos y ahora, con un ladrido lobuno, perseguía al coche a grandes zancadas. Edward, al ver a Emerald, levantó el brazo y saludó.

—¡Feliz cumpleaños, Emerald! —gritó imponiéndose al ruido, y muy pronto el coche, el *lurcher*, su padrastro, Robert y el maletín se alejaron de su vista por la penumbra de la avenida, oscura con cualquier clima pero en especial esa mañana, al parecer.

El ruido se disipó y el mundo guardó silencio.

Allí y entonces, en la mañana de su vigésimo cumpleaños, emancipada de sus muchos esfuerzos por capturar el magnolio o, dicho sea, gran parte de lo que pudiera aportarle la vida, abandonados su microscopio, su cuaderno de dibujo, sus pueriles sueños de grandeza y demás, arrodillada junto al lecho de flores raquíptico, Emerald notó que el agua le había calado el lino grueso de la falda y las medias de punto hasta alcanzarle las rodillas.

—Feliz cumpleaños, sí —dijo—. Tendré que dejar de hablar sola.

Se ajustó un lazo que le colgaba por debajo del pecho. Entonces le pareció ver algo y trató de distinguir la forma: cerca de los tejos, inmóvil a su sombra, había una figura pequeña y blanca. Emerald se metió el montón de hierbas en el hondo bolsillo del vestido, limpiándose de paso la suciedad de los dedos.

—¿Eres tú, Smudge? —gritó, y el tercer descendiente de los Torrington, una niña, respondió débilmente:

—Sí.

Emerald pisó la hierba en dirección a la figura que aguardaba en los bultos, con esa nube de pelo negro que se fundía como un halo de hollín con las sombras.

—Santo cielo, creía que no habías bajado. ¿No has dicho que no te encontrabas bien?

—No me encuentro bien —contestó la niña.

Emerald se acercó a su hermana y le cogió la mano.

—Tienes los dedos helados —señaló—. Entra de una vez.

Por la puerta de servicio más cercana pasaron a un recibidor trasero cuadrado y adoquinado. Tras detenerse junto a un paragüero con bastones y paraguas cuyas inclinaciones producían destellos, Emerald rodeó la cara de la niña con las manos y la levantó para mirarla, inquisitiva.

—¿Por qué has salido?

—Me aburría.

—¿Está encendida la chimenea de tu habitación?

—No quiero que la enciendan.

—Bueno, vamos a subir y ya veremos.

* *Smudge* significa «mancha». (N. de la T.)

Emprendieron su ascenso por la escalera de servicio, cuyos peldaños resonantes eran de madera desnuda.

—¿Dónde está Clovis?

—No lo sé. La última vez que lo he visto aún estaba desayunando, y estaba de morros.

—Casi siempre está así. Yo no. Seguro que no te has dado cuenta.

Era cierto: a menudo se olvidaban de Smudge. Como ya había ocurrido antes con Clovis y Emerald, dejaban que se hiciera mayor por sí sola, pero, a diferencia de ellos, no tenía a nadie con quien acometer la empresa, mientras que Clovis y Emerald se tuvieron el uno al otro para hacerse compañía cuando quedaban a merced de la marea de los distintos compromisos de sus padres. A Smudge, aquella soledad le venía bien: su madre la alababa tanto como la descuidaba, y en ello encontraba numerosos motivos de regocijo.

Habían llegado a un rellano y salieron a un pasillo por la puerta que dejaba atrás la zona de servicio, recorrieron toda la longitud de la casa y al fin llegaron al dormitorio de Smudge, el único de todos contiguo a la Casa Vieja, cuyas tenebrosas profundidades yacían justo al otro lado de la pared en la que se apoyaba su pequeño catre. Le hubiera gustado abrir un túnel con una cuchara y bailar en la tribuna del coro que había en ese edificio.

Si a Smudge se la olvidaba a menudo era lógico que a su dormitorio también, y ella aprovechaba tal libertad para hacer en él cuanto le venía en gana. Encima de la chimenea, en la pared, había escrito su nombre pegando conchas recogidas en la playa de Southport: «IMOGEN»; para asegurar la identificación añadió luego con carboncillo: «(SMUDGE)». Había intentado medirse contra la pa-

red, y después trató de medir al gato *Lloyd*, a los spaniels *Nell* y *Lucy*, al perro de las cuerdas y al lurcher *Forthright*, al que llamaban *Forth*. A decir verdad, ninguna de estas pruebas de medición resultó satisfactoria: no había llegado a resolver la enojosa cuestión de si perros y gatos deben medirse hasta lo alto de la cabeza, que no paran de mover, o hasta los hombros, que fácilmente se confunden con columnas y cuellos. Es más, empezó con centímetros pero entonces cambió de opinión y optó por el palmo como unidad más adecuada, pues sabía que así se medía a los caballos, por lo que tenía que valer para todas las criaturas de cuatro patas. *Lloyd*, por cierto (el gato con manchas), normalmente medía dos palmos y medio, algo menos que los spaniels.

No contenta con sus marcas comentadas al carboncillo, dedicó varias horas a trazar el perfil de cada animal, aplastándolos contra la pared con sus piernas y su cuerpo. (Fue muy complicado conseguir que *Forth*, el lurcher, se sentara, poco acostumbrado a los modales domésticos y, como buen perro, poco respetuoso con las alfombras; *Forth* se había resistido con fuerza a Smudge mientras ésta tiraba de él por todo el pasillo, emitiendo unos lamentos estridentes por la angustia de verse tanto rato encarcelado en el pequeño dormitorio superior, entre los brazos implacables e infantiles de Smudge y ese papel pintado húmedo y sucio.) Tenía pensado pintar más adelante el pelaje, rellenando las siluetas de todos, pero el pelaje era extraordinariamente difícil de pintar bien, por lo que aún no se había puesto a ello. Huelga decir que sus paredes estaban lejos de ser inmaculadas.

Emerald llevó a Smudge a la cama y la arropó con el edredón.

—¿Has vuelto a subir al tejado? —le preguntó.

—Hace tiempo que no subo.

—Bueno, pues no lo hagas. Te caerás y te romperás la crisma, ¿y qué dirá mamá entonces?

—Clovis y tú subís.

—Sí, y mira cuántos problemas de goteras.

Smudge se hundió hacia abajo hasta que sólo su pelo insustancialmente oscuro y sus ojos negros, insertos en un estanque violáceo, asomaron sobre las cenefas descoloridas del edredón.

—Em... —dijo con voz apagada. Emerald estaba en la puerta—. ¿Estaré bien para tu cena de cumpleaños?

—Eso espero; si no, ¿quién me ayudará a soplar las velas? Ya soy demasiado vieja para poder con todas.

—Entonces, ¿vas a tener una tarta?

—¡Ay, Señor! No, a no ser que me encargue yo misma —exclamó antes de salir y cerrar la puerta.

En cuanto se hubo ido, Smudge sacó su cara pálida de la cama. Parecía estar aguzando el oído para escuchar algo. Se sentó y pegó la oreja a la pared que tenía detrás, la que daba a la Casa Vieja.

—Hmm —dijo frunciendo el ceño—, ahí no hay nadie.

Miró a su alrededor, al vacío aparente de la habitación, antes de volver a tumbarse y subirse el cobertor hasta la barbilla, mientras fuera se levantaba el viento frío de primavera.

Al cruzar la sala de la mañana en busca de la señora Trieves, Emerald se topó con Clovis, tendido ante el fuego y rompiendo con apatía los bordes de un periódico.

Los spaniels *Nell* y *Lucy*, que estaban recostados en el mal-trecho diván de terciopelo de al lado, alzaron sus hocicos y olisquearon en dirección a Emerald cuando ésta se detuvo en la puerta.

—¿No sacas a *Ferryman*?

Clovis miró hacia la ventana con ojos caídos y melancólicos.

—Madre mía, Emerald, ¿no se te ha ocurrido nunca entrar en el cuerpo de policía? He oído que buscan matones para reprimir a los insatisfechos.

—Yo sacaré a *Levi* a las diez, si te apetece acompañarme. Me parece que va a cambiar el tiempo, así que cuanto antes, mejor, diría yo. ¿A qué hora es el tren que traerá a tu amada a mi convite?

Clovis emitió un gruñido y rodó hasta quedar boca arriba; se quedó mirando las espirales de yeso del techo.

—Patience Sutton —replicó—. «¿A qué hora llega el tren que traerá a *Patience Sutton* y a su madre?» ¿Es eso lo que querías decir? Ni es mi amada, ni lo va a ser.

—Es una chica estupenda. Además, ya somos mayores, ya no te hará mimos.

Clovis se pasó los dedos por el cabello como lo haría un poeta, un poeta en plena agonía creativa; pero Clovis no sufría semejante agonía, sino que había caído en las garras de un mal peor: la arrogancia.

—Como si me importara mucho lo que haga *Insignificancia Sutton* —señaló con dureza.

—Pero ¿qué tienes contra ellas? No lo entiendo. Yo las he echado muchísimo de menos desde que... —Se interrumpió antes de seguir—: ¿Ya no te acuerdas de lo bien que lo pasábamos? Si vas a estar antipático con Patience o con su madre...

—Su madre es el fin de la esperanza.

—... o con su madre, no te quiero en mi fiesta de cumpleaños, ¿queda claro?

—Sí, mi general.

—Aunque, tal y como van las cosas, poco tiene de fiesta, hay que reconocerlo... Pero quiero que te comportes como un caballero.

—Sí, mi general.

—Ya sabes que te quiero lo que no está escrito, y no me sobran los motivos. Me voy a hablar con la señora Trieves de mi tarta.

—Que sea de chocolate, ¿eh?

—No creo que tengamos.

Clovis gruñó otra vez y siguió rasgando el periódico. Los perros posaron la barbilla sobre sus patas sedosas y lo miraron con amor. Ya en el umbral, Emerald cambió de opinión y se dio la vuelta como un remolino.

—¡Ese fuego está escandalosamente fuerte! —exclamó al tiempo que atravesaba la habitación y agitaba el aire ante ella con ademanes violentos.

—Pues yo me estoy quedando helado.

Ella empujó la protección contra la rejilla.

—¿Tienes idea de cuánto vale el carbón?

Clovis rodó en el suelo.

—No, y tú tampoco.

—Sterne nos costó más de veinte guineas en combustible sólo el pasado invierno, ni más ni menos.

—¿Y no añades «ahí es nada»? —preguntó él.

Emerald se desplomó en el diván junto a los perros, miró alrededor y volvió a unir un mechón extraviado al grueso de su pelo.

—Ahí es nada —dijo.